

NIÑOS DE LA BIBLIA.



LUCHA DE SANSDN CON UN LEON.

XV.

SANSON.

En el vasto y fértil territorio que ocupaba la tribu de Dan, y cerca del lugar de Sarra, vivía un caritativo israelita llamado Manué, que tenía la dicha de estar unido a una de las mas virtuosas y mas bellas mugeres de la tribu. Dios que difunde todas las gracias, habia derramado muchísimas sobre aquellos esposos, cuya perfecta armonía y aun prosperidad temporal eran

Marzo de 1818.

antes que la envidia, el embeleso de toda la comarca. Fieles a las costumbres patriarcales de sus antepasados, hallaban un placer mas que fatiga en las pacíficas labores del campo, y Manué, como todos los ricos del pueblo de Israel, no se desdenaba de cultivar con sus mismas manos aquella tierra que tan pingües cosechas le producía.

Salía Manué a sus faenas campestres apenas la resplandeciente aurora despuntaba en las colinas del Oriente, y se le hacia el trabajo mas llevadero, recordando que apenas los rayos del sol bajasen hasta lo profundo de los valles, vendría su amable consorte a

TOMO II. 5

traerle el necesario sustento preparado por sus manos, y á embellecer con su grata compañía las precisas horas de descanso. Un día en que se hallaban disfrutando este grato reposo, ya terminada su comida campestre, Manué satisfecho del premio abundante que los campos prometían á sus afanes, y regocijado con el aspecto de la campiña, dijo á su amable compañera:

—Esposa, mira como el viento mece suavemente las apiñadas espigas de nuestro campo: mira como las blancas ovejas y los tiernos corderillos de nuestro rebaño discurren por la falda de la colina... di, ¿no es grato saber que todo esto nos pertenece?

Manué no obtuvo respuesta, por lo que admirado del silencio de su esposa, fijó en ella los ojos, y cuál no fué su asombro al descubrir en su rostro las señales de la mas viva pesadumbre y al ver que dos lágrimas, cristalinas y transparentes como dos gotas de rocío, brillaban en sus megillas!

—El Señor, contestó ella tristemente, nos ha dado muchos bienes, pero nos ha negado el que mas desea mi corazón.

—Esposa mia, qué dices! ¿Pues qué te falta para ser la mas feliz de las mugeres?

—¡Mira!

Al decir esta palabra la desconsolada esposa de Manué, le señalaba con el dedo un punto de la campiña. No lejos del pueblo y junto al pozo donde las doncellas iban á llenar sus cántaros todas las tardes, habia como una docena de palmeras á cuya fresca sombra estaban sentadas varias madres de familia, unas dando el pecho á sus tiernos hijuelos, otras mirando complacidas á los que ya mayorcitos jugaban y correteaban á su vista, y otras en fin acariciando á los que radiantes de alegría y con los colores de la salud en el rostro, venían de vez en cuando á descansar en su regazo. Aquel espectáculo encantador era precisamente el que entristecía á la esposa de Manué. ¡Si ella tuviera un hijo! ¡Si tuviera uno de aquellos ángeles en quien pudiera depositar toda la ternura de su corazón! ¡Oh! entonces estaría mas tranquila, enton-

ces cesaria su tristeza, entonces, en fin, podría desmentir aquel vergonzoso epíteto de estéril con que las mugeres de su tribu la menospreciaban.

Largos años hacia que la esposa de Manué habia implorado del cielo los dones de fecundidad que tanto ennoblecían á las matronas hebreas; un hijo que fuese el apoyo y el consuelo de su vejez, y que fuese algun día la dulce recompensa de su cariño y entrañable afecto. Manué, que así como su esposa veía frustrados sus deseos, dijo entonces para consolarla:

—Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, y sería ofenderle no resignarse á sus soberanos designios. ¿Quién sabe si con esta dura prueba está experimentando nuestra conformidad?

Sintieron en esto ruido de pasos muy cerca de sí, y volviendo ambos consortes la cabeza, vieron con grande sorpresa á un mancebo hebreo; pero bello como un mensajero celeste, que por el lindero del campo y sin saber por donde hasta allí habia llegado, se venia acercando al sitio en que ellos estaban. Manué se levantó presuroso, y acercándose hacia el desconocido, le dijo:

—Hermoso jóven, por vuestro aspecto y vuestro ropage, conozco que sois extranjero en este pais. Deteneos un momento y descansad con nosotros, y si mi choza hospitalaria, si la sombra de mis palmeras os es agradable, disfrutadlas por algun tiempo en nuestra compañía.

—Manué, digno descendiente de los patriarcas, contestó el desconocido, á tí es á quien vengo á buscar y á darte las mas felices nuevas. Tu esposa hasta ahora estéril, concebirá y parirá un hijo que desde el vientre de su madre ha de ser consagrado á Dios. Si, dijo volviéndose hacia la asombrada esposa de Manué, en nombre del Dios á quien adoras, yo te prometo un hijo que ha de ser la esperanza de su pueblo, azote y castigo de los impuros filisteos, libertador y amparo de Israel. Ahora dad gracias al Señor que os dispensa tan grande beneficio.

Cediendo ambos esposos á la autoridad que en sí llevaban las palabras de aquel desconocido, y sin dudar un mo-

mento de que fuesen verdaderas, prepararon un sacrificio al Ser Eterno, elevando Manué un ara de piedra, para ofrecer sobre ella en holocausto el mas hermoso cordero de su rebaño. Durante los preparativos, aquel extraordinario mensajero estuvo comunicando sus instrucciones á los dos esposos, siendo las mas esenciales, que no comiesen cosas declaradas inmundas por la ley, y se abstuviesen de bebidas que pudieran causar embriaguez, cuidando tambien de que no se cortase el pelo al niño que habia de nacer, pues en esto habia de consistir su esfuerzo valeroso. Despues, cuando empezó á elevarse la llama aromática del holocausto, empezó tambien el desconocido á perder sus corporales formas, y tomando otras aéreas é impalpables, se elevó en los aires y desapareció entre el humo del sacrificio, sin que les quedase ya duda á ambos consortes de que era un mensajero celeste el que habian tenido en su presencia.

Estremado fué el gozo de Manué y de su esposa, pues no solo veian asegurado el fruto de bendicion que tanto codiciaban, sino que por un singular favor del cielo, hallaban vinculadas en él la proteccion y libertad del pueblo de Israel, y esta era mayor felicidad de la que ellos pudieran esperar. Gemian por entonces los hebreos bajo la tirania de la raza de Filistim, que dueña de casi toda la tierra de promision, habia recibido á los israelitas con las armas en la mano, siendo el constante azote con que Dios castigaba á su pueblo escogido, cuando abandonaba su culto y sacrosantas leyes, para abandonarse á los vergonzosos estravios de la idolatria.

Nació, empero, conforme á lo prometido, el hijo de Manué, y aquel niño, llamado Sanson, y dotado de una robustez y una fuerza extraordinarias, fué desde luego la esperanza de su afligido pueblo y reveló bien pronto los milagros de osadia, con que ayudado de su asombrosa fuerza, habia de ser el terror y esterminio de los filisteos. Apenas cumplidos los años de su niñez, ya dió Sanson una prueba del esfuerzo que en él habia infundido el cielo y de que ya

se aprestaba á cumplir su mision divina.

Al dirigirse hacia Thamanata, ciudad de los filisteos, un corpulento leon, con toda la arrogancia y la fiereza que caracterizan á su especie, se presentó en medio del camino, como dispuesto á disputarle el paso. Sanson sin arredrarse á vista de tan formidable enemigo, antes confiando en la fuerza que el Señor en él habia depositado, se avalanzó sobre la fiera, y sin que ésta pudiese hacer uso de sus garras, antes al contrario, oprimiéndola y quebrantándola con todo el peso de su cuerpo, se apoderó tambien de las mandíbulas, sacudiéndolas con tal fuerza, que el leon, desgarrado hasta las fauces, hubo de sucumbir y ser arrojado inerte fuera del camino.

Así fué como Sanson infundió alienación á los suyos, terror á sus enemigos, y empezó á manifestar su fuerza, su valor y el divino espíritu que en él estaba infundido.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

INDULGENCIA. Cada cual tiene su carga y sus defectos, nadie se basta á sí mismo, y es bastante sábio para sí; pero debemos sufrirnlos, consolarnos, ayudarnos, instruirnos y avisarnos mutuamente.

Imitacion de Jesucristo.

La ingratitud es un crimen, pero el que no favorece de miedo á la ingratitud, dá pruebas de no querer colocar sus beneficios sino á réditos: lo que es poco noble, y hasta inhumano. Las almas generosas obligan sin pensar en el agradecimiento, que corresponde al favorecido.

Fonteulle.

Las naciones mas sabias de la antigüedad, los persas, los atenienses, admitian el recurso contra los ingratos.

La Rochefoucauld

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA

III.

QUINTO SERTORIO.

La destruccion de Numancia originó la sumision de las tres cuartas partes de la Peninsula; de todos los puntos acudian diputados con objeto de rendir vasallage al vencedor Emiliano, y para hacerle presente que reconocian á Roma por aliada; pero habiendo tiranizado Sila á la república romana y desterrado de ella á todos los parciales de Mario, uno de los proscriptos, llamado Quinto Sertorio, dirigió su rumbo á España, seguido de algunos amigos esperanzados en hallar proteccion entre los naturales de esta nacion que por espacio de cuarenta años habian disfrutado de una profunda paz. Sertorio, en épocas anteriores habia servido en España como tribuno militar, y segun Salustio, se hallaba á la sazón en toda la fuerza de su edad y dueño de cuantas prendas corporales y mentales necesita un buen soldado; era sóbrio y no inferior á los demas capitanes de Roma en talento para el arte de la guerra; impávido en los peligros, moderado en los prósperos sucesos, sufrido y resignado en los reveses, y nada soberbio con el halago de la fortuna. ¡Cuánto sentimos añadir á esta pintura un matiz que la oscurece hasta cierto punto, pues era estremadamente ambicioso, y para saciar esta pasión no le importaba que la sangre corriera á torrentes, cuando mas limitado en sus deseos pudiera economizarla!

Habiendo desembarcado en la España Citerior, tuvo la suficiente habilidad para grangearse el amor de los pueblos iberos; esta gente oprimida con el

inaguantable yugo de los gobernadores, no titubeó un punto en abrazar la causa de quien proclamaba con entusiasmo el pronto remedio de sus males, y no pasó mucho tiempo sin que acudieran nueve mil hombres para alistarse en su bandera, con cuyo número se creyó Sertorio capaz de poder contrarrestar en la tierra de España á su vengativo contrario. Varias ciudades le reconocieron por pretor; el proscripto agradecido, moderó los impuestos, y aseguró grandes ventajas á los que se uniesen á sus filas.

Informado Sila de este repentino alzamiento, mandó un ejército contra Sertorio á las órdenes de Lucio Domicio, el primero que esperimentó la fuerza de su contrario en una victoria sobre él conseguida; y la que dió al vencedor prodigioso influjo entre los lusitanos y celiborios, quienes desde entonces fueron sus mas acalorados adictos, pues abriéndole de par en par las puertas de sus ciudades, y acudiendo la entusiasmada muchedumbre bajo sus pendones, le colocaron en situacion de vencer al poderoso ejército que caminaba con intentos de destruirle; esta victoria fué seguida de otras varias, y al cabo de algunos meses balló tan bien cimentado su poder, que juntó las dos naciones en un solo estado y ambas dependientes de su única persona. Estableció su gobierno semejante al de Roma; equipó su ejército á la romana, y los principales mandos de estas huestes los confió principalmente á romanos, y las tropas españolas no solo eran romanas en el armamento y disciplina, sino que podian disfrutar de todos los privilegios que gozaban los hijos de Roma. Evora fué declarada capital de Lusitania, y vino á ser la ordinaria residencia de Sertorio, quien la hermoseó con todos los primores de las be-

llas artes. Osca, hoy Huesca, constituía en ciudad metropolitana de Celtiberia, en la cual puso un establecimiento científico á manera de universidad donde se enseñaban la gramática y retórica, siendo los profesores griegos y latinos. Sertorio presenciaba las mas veces la distribución que se hacia de los premios dados á los jóvenes españoles mas aventajados, estimulándolos de este modo al deseo de aprender y ser útiles en algun tiempo á la patria donde habian nacido. En fin, nada descurrió de cuanto podia contribuir al adelanto y civilización del pueblo español; dió nuevo vigor al trabajo de las minas, dispuso que se abriesen parques y arsenales, instituyó fábricas de armas, y llevó la mecánica al mas alto grado de perfección.

El pueblo español era entonces algo supersticioso, vicio que no quiso arrancar Sertorio porque así convenia á sus futuros intentos, y una prueba de ello es el ejemplo siguiente: habíale regalado un cazador lusitano una corcilla que logró domesticar en tales términos, que á todas partes le seguía como un perro. Hizo creer á los españoles que este manso animal era un don particular que le habia hecho *Diana*, por medio del cual se comunicaba con la diosa á fin de darle parte tanto de sus triunfos como de sus derrotas. Cuando la corza seguía á su dueño coronada con una guirnalda de flores, aseguraban sus tropas que su caudillo iba á conseguir una ventaja notable sobre sus contrarios. ¡Miserable recurso á que descendía un hombre estimulado por su estrechada ambición!

La buena fortuna de Sertorio infundió terror en el ánimo de Sila, quien mandó poner en movimiento las legiones de Metelo á fin de acabar con tan poderoso rebelde; pero en la primer batalla que se dieron, quedó derrotado el cónsul, y Perpena se pasó á las filas de Sertorio, trayéndole diez y seis mil soldados romanos.

Envalentonados, los españoles con este nuevo trofeo, desearon dar á los enemigos una batalla decisiva á lo cual se oponia Sertorio escuchando con indiferencia las quejas y murmuraciones de

sus tropas; mas estas, alentadas con el silencio de su caudillo, pidieron con clamoreos casi amenazantes venir á las manos con sus contrarios, y ya le fué preciso á Sertorio poner un dique al tumulto para conjurar la tormenta.

Mandó reunir en una dilatada llanura á todo su ejército, y dispuso al mismo tiempo que condujesen allí dos caballos, uno joven y de brio y otro viejo y casi sin vigor. Los soldados estuvieron largo tiempo quedos y suspensos contemplando aquel espectáculo sin poder adivinar su resultado; mas al poco tiempo vieron venir á Sertorio ricamente ataviado dando el brazo á Perpena su conmilliton y seguido de su inseparable corza. Habiendo llegado al parage donde estaban los caballos, se presentaron al caudillo dos nuevos individuos, el uno de edad muy avanzada y el otro joven y en toda la fuerza de su robustez, á los cuales recibió Sertorio con singular cortesía.

—Soldados, exclamó Sertorio en voz alta y sonora dirigiéndose con magestad hacia la armada muchedumbre: os he reunido en este sitio no para hacer alarde de una inútil elocuencia, sino para haceros ver con un ejemplo lo descaminadas que van vuestras reiteradas pretensiones.

En seguida mandó al anciano que fuese arrancando una por una las cerdas de la espesa cola del caballo mas brioso: en tanto que el joven tenia que practicar igual operacion con el caballo estenuado; pero debiendo arrancarla de una vez. Mientras el robusto mancebo se fatigaba en vano, el anciano concluyó al cabo de algun tiempo su empresa dejando casi despoblada la cola del fogoso corcel. Sertorio entonces dirigiéndose nuevamente á las tropas las habló en los términos siguientes:

—Soldados: si de un solo golpe nos proponemos acometer á las huestes enemigas, por mas ventajas que llevemos sobre nuestros contrarios, nos exponemos á fracasar obteniendo los resultados de este arrogante joven; pero si poco á poco nos limitamos á conseguir pequeños triunfos, llegará un dia en que nuestras victorias armonicen

con el éxito que este anciano, casi falto de espíritu ha obtenido con la cola del caballo mas brioso de toda la Lusitania.

Con efecto, desde entonces apeló al celebrado recurso de Viriato, sin que jamás Metelo pudiese conseguir que admitiera Sertorio una batalla decisiva. Por este tiempo ya no mandaba en Roma el dictador, el sanguinario Sila, pero aun dominaba su parcialidad acandillada por Metelo. Vino Pompeyo á España con otro ejército romano, y comenzó á ser varia la fortuna de la guerra, aunque durante algunos meses llevaba Sertorio lo mejor de la pelea: juntáronse Metelo y Pompeyo é hicieron frente al vencedor y le rechazaron á punto de obligarle á que se encerrara en sus trincheras. De este modo andaba vacilando la suerte entre ambos ejércitos beligerantes, saliendo inútil la victoria de un día con la derrota del siguiente.

Mas dilatado hubiera sido el vario éxito de la campaña de Sertorio, si algunas circunstancias, en cierto modo imprevistas, no aceleráran la catástrofe del célebre caudillo; Metelo habia puesto precio á su cabeza, y Pompeyo logró ganarle algunas ciudades; los españoles y romanos al mando de Sertorio, dudaron de su fidelidad; indispusiéronse entre sí, muchos desertaron de sus filas, y el antes afortunado proscripito comenzó á dudar de su propia existencia, creyendo ver traidores enemigos en cuantas personas le rodeaban, lo cual dió margen á que ejecutara varios actos de inusitada crueldad, contra algunos inocentes que él reputaba personajes sospechosos, que conspiraban contra su vida.

Uno de los sacrificados en las aras de su injusto y arbitrario proceder, fué un anciano llamado Catilca, á quien la envidia acusó falsamente de haber querido envenenar á su caudillo, suponiendo que su avaricia en obtener la pregonada recompensa, le habia estimulado á este hecho tan criminal; pero el acusado antes que la injusta cuchilla de sus adversarios calumniadores desprendiera la cabeza de su cuerpo, dijo estas palabras que todo el mundo oyó:

—Españoles; muero inocente, deseo la felicidad del mismo que me ha sentenciado, pero los dioses son justos y no querrán perdonarle. El mas amigo de Sertorio, aguja la punta de un puñal para esterminarle; esto supe cuando vivia, esto digo antes de morir... ¡Viva España! ¡Los hados la protejan!

La cuchilla ejecutora no le consintió seguir adelante. Las palabras del anciano no carecian de fundamento, porque ya hacia mucho tiempo que Perpena, en quien Sertorio depositaba toda su confianza, estaba celoso de su autoridad y resuelto á tomarla para si propio. Con este intento formó una conspiracion contra su vida, y de concierto con sus cómplices, que no eran pocos, determinó llevar á cabo su infame proyecto del modo que vamos á referir.

Hallábase Sertorio en su magnifico palacio de Huesca, disgustado con sus negocios, porque no marchaban por el mejor camino, á tiempo que le anunciaron la llegada de su lugar-teniente Perpena.

—Entre al instante, dijo Sertorio levantándose del sillón con cierto ademán de alborozo.

Y en viéndole llegar abrió sus brazos para recibirle en ellos, y le dijo con tierna emocion:

—Perpena, ¿qué vienes á anunciarme? Mira mi semblante y en él encontrarás el sello de mis amargos padecimientos.... La fortuna deja de balagarme, me repele.... soy muy desgraciado.

—Suspende el libre curso de tus pesares, contestó Perpena, y escucha de mi boca lo que un fiel mensajero de Diaco, acaba de anunciarme.

—Habla, mi mejor amigo, no te detengas.

Perpena desenrolló un pergamino y leyó lo siguiente.

«Apenas nuestros inclitos y valerosos soldados dirigieron su última plegaria al dios de los combates, cuando llenos de entusiasmo y ganosos de una señalada victoria, se arrojaron sobre las formidables legiones de Metelo, haciendo en ellas espantosa carnicería. El pendón *sertoriano* tremola hoy orgulloso en los campos de Lusitania, y nuestro general es aclamado con frenesi por

todo el ejército. Da esta nueva al virtuoso caudillo, y anúnciale que dentro de pocas horas, llevaréle el mas significativo despojo de la derrota de nuestros contrarios. Los hados te favorezcan, y alumbre el sol siempre radiante para los destinos de las huestes sertorianas.—Díaco.»

Conmovido el general con una nueva tan dichosa, arrebató el pergamino de las manos de Perpena, y repasándole con ojos centelleantes y respirar agitado, parecía devorarlo con la vista.

—¡Díaco! exclamó, Díaco, mi mejor

lugar-teniente.... ¡Oh! esto me vuelve á la vida.... ya juzgaba mi causa perdida al mirar el desconcierto, la incomprensible desercion de mis tropas hasta aqui subordinadas, pero esta inesperada victoria, devuelve á mis banderas su antiguo esplendor. Ven, Perpena, estrechame otra vez, y recibe por el feliz mensage el grado de mi primer lugar-teniente, y disponte á ocupar el puesto mas distinguido del senado español.

Diciendo estas palabras, y agitado con el gozo le estrechaba mas y mas contra su seno, á cuyas demostraciones



correspondia Perpena con una falsa sonrisa de satisfacción.

—¿Qué tienes? preguntó Sertorio; tu mano tiembla, y siento en verdad no ver que participas de este mismo frenesi que arrebató mi alma al último estremo.

—Estraña suposicion, dijo Perpena.

—¿Qué piensas hacer? ¿qué has meditado?

—Lo que voy á proponerte, contestó el traidor. Es preciso señalar tan fastuosa jornada con un banquete donde concurren tus gefes mas adictos.

—Si, si, interrumpió Sertorio, y en mi palacio.... esta noche.... allí animaré con la popular elocuencia que en otro tiempo me aplaudieron en Roma, á mis capitanes desalentados.

El funesto plan estaba ya combinado.

Pocos instantes despues se presentó Diaco corroborando con falsas demostraciones la inventada victoria, y aquella misma noche se verificó en el palacio de Sertorio el concertado banquete, donde, como en seguida veremos, sepultó el caudillo para siempre la prolongada historia de sus trofeos.

Dió principio el festín, y al succulento y delicioso manjar, siguieron las doradas copas de licores raros y exquisitos, y á estas la embriaguez mas desordenada, la que como era consiguiente, produjo desentono en las voces, libertad extrema en el decir y sarcasmos dirigidos hácia la victima que pensaban sacrificar. Creyendo Perpena que seria en vano reprender á hombres por tal motivo acalorados, prestó indiferente oído á aquella entonacion de poco decoro. Pensando Perpena que era llegado el fatal momento, cogió una copa llena de vino y levantóla en alto dejándola caer en seguida. Diaco que estaba sentado á la izquierda del caudillo asestó el puñal que guardaba contra su seno exclamando:

—¡Muere, ambicioso!

Sertorio entonces se levantó poniéndose ambas manos sobre la herida que acababan de hacerle, y con las agonias de la muerte, dijo á Perpena:

—¡Amigo!... defiéndeme de este traidor.... ¡mira por tu amigo Sertorio!

—Acércate y te defenderé, repuso Perpena desnudando su espada y clavándola tambien en el seno de su general.

—¡Asesinos!

Ultima palabra que exclamó Sertorio cayendo á los pies de Perpena y en derredor de los conjurados.

Perpena succedió en el mando al muerto general, pero en la primera batalla que dió, quedó vencido y cautivo de Pompeyo.

Este declaró al punto su muerte, pero Perpena creyendo ser perdonado, presentó á Pompeyo un crecido número de cartas que halló entre los papeles de Sertorio, y en las que aparecian comprometidos muchos altos personajes de Roma.

Desprecie el vencedor, tanto por su traicion cuanto por su hajeza, y

mandó arrojar al fuego á aquellos peligrosos documentos, disponiendo que cuanto antes quitasen la vida á su infame cautivo, lo que no tardó mucho en tener cumplido efecto; la misma suerte experimentaron los denas cómplices de Perpena.

El nombre de Sertorio siguió idolatrado en España, y si la espada de Pompeyo no hubiese vengado su terrible fin, bien resueltos se hallaban sus adictos en acabar con los asesinos, que ocasionaron su ruina, y prolongaron mas la esclavitud de los españoles.

I. A. BERMEJO.

La ingratitud nodesanima á la beneficencia, pero sirve de excusa al egoismo.

Levis.

LIBERALIDAD. Muchos hay que no dan su hacienda, sino que la arrojan. No llamo liberal al que se conduce como si estuviera enfadado con su dinero.

Séneca.

Muy grato es atraer las miradas de la persona á quien se ha dado.

La Bruyere.

La liberalidad consiste en dar á tiempo, mas bien que en dar mucho.

Idem.

LIBRO. Cuando leo por primera vez un buen libro, tengo el mismo placer que si contrajese una nueva amistad: cuando le vuelvo á leer, es un antiguo amigo que voy á visitar.

Voltaire.

La lectura es uno de los deberes del hombre honrado.

Cristina.

No puede haber alma grande, ni talento sagaz, sin amor á las letras.

Vauvenargues.

APUNTES MORALES.

Guillermo Tell.

III.

Dirijamos nuestra vista hácia una plaza pública de Altforf, y en uno de sus ángulos observemos un edificio no concluido todavía pero bastante adelantado, y en cuyos andamios y en otras distintas partes, aparecen infinidad de operarios de albañilería que trabajan á toda prisa; el sobrestante de la obra, hombre de baja estatura, y de genio harto intolerante, con una vara en la mano dice á su gente subordinada:

—Vamos, no hay que pensar en el descanso por ahora; conducid con mas presteza las piedras y el cascote, porque cuando venga por aquí el gobernador, nuestro respetable dueño, es preciso que encuentre la obra bastante adelantada.... Menos pereza y á trabajar.

En seguida se dirigió á uno de los peones, que por ser muy anciano, conducía sobre sus hombros una piedra de cortas dimensiones, pero á pesar de todo, la llevaba con sumo trabajo.

—¿Qué carga es esta? preguntóle el sobrestante, ¿no os da vergüenza de llevar sobre vuestros hombros una piedra tan pequeña?

—Triste cosa es en verdad, contestó el anciano soltando la piedra, que nosotros mismos carguemos con los materiales que sirven para edificar nuestras prisiones.

—¿Qué teneis que murmurar? dijo el sobrestante, es un mal súbdito el que critica de ese modol las disposiciones de nuestras dignidades de Suiza.

—No puedo mas, dijo el anciano tirándose en el suelo.

El sobrestante levantó la vara y comenzó á apalear al pobre viejo, y los demás peones se llenaron de indignación á vista de semejante proceder; pero ninguno se determinaba á reprender la acción.

—¡Vamos, viejo perezoso, al trabajo! decía el sobrestante sin cesar de sacudir al anciano.

Pero un picapedrero que estaba situado en uno de los extremos del edificio, se acercó al sobrestante y con aire determinado le dijo:

—Debeis tener las entrañas de tigre cuando de esa manera obligais á trabajar á un pobre viejo que apenas puede con el peso de su debilitada existencia.... esto pide venganza.

—Reparad lo que hablais, repuso el sobrestante. Yo cumplo con mi deber. Omitid la réplica y continuad trabajando para el edificio, que en estando concluido ha de llamarse la servidumbre de Uri; este será el yugo que os haga bajar la cabeza.

El anciano se levantó y prosiguió conduciendo piedras, y el picapedrero continuó sonriendo:

—¿La servidumbre de Uri?

—Si, repuso el sobrestante, ¿qué teneis que reir?

—¿Y pensais que este pequeño edificio pueda esclavizar á Uri? ¿Cuántos montoncillos de tierra como este sería necesario poner uno sobre otro para igualar siquiera á la mas pequeña de nuestras montañas de Uri! Y ya que he llegado á conocer para qué estoy trabajando, os diré que no prosigo, y sabré echar en el fondo del lago el martillo que me ha servido para picar la piedra que debía emplearse en la construcción de este edificio.

A este tiempo aparecieron en la plaza Guillermo Tell y Werner.

—¿Y que haya yo vivido, dijo este último, para presenciar tales cosas?

—No estamos bien en este sitio, observó Guillermo, vámonos mas lejos.

—Estoy en Uri: dijo Werner, en la tierra de la libertad.

El picapedrero que habia escuchado estas palabras, se aproximó á Werner y á Guillermo, y dijo con acento misterioso:

—¿Si hubiérais visto el calabozo subterráneo que hay en ese edificio! El que sea encerrado en él no escuchará el canto del gallo

—¿Dios mio! exclamó Werner.

Guillermo miró al edificio con una indiferente gravedad y dijo:

—Lo que las manos edifican, las manos pueden destruir.... Dios nos ha dado fuerza y libertad.

A este tiempo se oyó una marcha de tambor; todos volvieron la cara y vieron venir un gran numero de hombres armados, uno de los cuales llevaba un palo largo y un sombrero en su estremidad; detras de esta gente venia una multitud de hombres, mugeres y niños.

—¿Qué significa esto? dijo el picapedrero. ¿A qué viene esta procesion tan estrafalaria? ¿Qué quiere decir este sombrero? Pongamos atencion.

El pregonero que iba delante, cuando la tropa hizo alto exclamó:

—En nombre del emperador, escuchad:

—¡Silencio! silencio! gritó la multitud.

Y el pregonero aprovechándose de este silencio prosiguió:

—Hombres y mugeres de Uri, mirad ese sombrero que se ha puesto en la punta de ese palo, y ha de colocarse en medio de la plaza de Altdorf. Es la voluntad del gobernador, que este sombrero sea reverenciado como su propia persona; al pasar por delante de él todo el mundo deberá doblar la rodilla y descubrir su cabeza, por cuyo medio conocerá el rey qué personas son las que le están sometidas. Cualquiera que contraviniera á lo mandado, será severamente puesto en prision, y sus bienes quedarán inmediatamente confiscados.

No bien se hubo terminado el pregon,

cuando el pueblo empezó á dar tremendas risotadas, y el tambor siguió batiendo marcha hasta llegar á otro parage donde debia repetirse la misma escena. El picapedrero se acercó á Guillermo que aun permanecia silencioso al lado de Werner, y dijo:

—Chistosa idea por cierto la del gobernador. ¿Con que debemos inclinar la cabeza ante un sombrero? No he visto en mi vida cosa semejante. ¡Imponer una ley tan ridicula á un pueblo tan respetable!

—¿Qué insulto! dijo Werner entre dientes.

—¿Si fuera la corona imperial, pero el sombrero austriaco! prosiguió el picapedrero. ¿Quién duda que este es un lazo para entregarnos al Austria? Ningun hombre de honor debe someterse á obedecer una orden tan vergonzosa.

Y separándose del lado de Guillermo y Werner, se aproximó á un grande grupo de hombres que situado en uno de los ángulos de la plaza tambien hablaban respecto al pregon. Guillermo Tell miró á Werner con ojos centelleantes; su fisonomia revelaba la mas grande indignacion.

—¿Habeis escuchado, señor?... No puedo mas; Adios.

—¿Dónde vais? repuso Werner, no os precipiteis.

—Mis hijos tienen necesidad de su padre: Adios.

—Deseo hablaros, Guillermo; mi corazon está lastimado...

—Las palabras, contestó Guillermo, no alivian al corazon oprimido.

—Pero de las palabras podemos pasar á la ejecucion.

—Sin embargo, dijo Guillermo, lo que necesitamos ahora es mucho silencio y mucha resignacion.

—¿Y deberemos sufrir este yugo insupportable?

—El imperio de los tiranos ha sido siempre el menos duradero; cuando rugie la tempestad las embarcaciones procuran á toda prisa llegar al puerto, y el terrible huracan pasa sobre la tierra sin causar estragos y sin dejar vestigios. Vivan todos tranquilos en su morada, y la paz será de aquellos que se manifiestan apacibles.

—¿Lo creéis así? preguntó Werner.

—La serpiente no pica jamás sino la escitan; permanezca el pueblo tranquilo y los tiranos no ejercerán su siniestro influjo.

—No obstante, contestó Werner, mucho podremos si nos unimos.

—El que se encuentra solo en un naufragio se salva con mas facilidad.

—¿Tan impasible quereis manifestaros á la causa comun?

—Nadie puede contar sino consigo mismo.

—Los débiles que se unen llegan á ser poderosos.

—El fuerte, dijo Guillermo, es mas fuerte cuando está solo.

—¿De suerte que la patria no podria contar con vos si necesitara de vuestra cooperacion y apoyo?

A estas palabras Guillermo cogió la mano de Werner y le dijo con cierto misterio:

—Tell es capaz de sacar un cordero que cae en un precipicio. ¿Podiera él abandonar á sus amigos? Pero jamás me llameis para pedirme consejos porque no puedo discutir ni reflexionar profundamente. ¿Teneis necesidad de mí para una accion resuelta? entonces buscad á Tell y le encontrareis.

Los dos amigos se apretaron las manos y se separaron en opuestas direcciones, y al poco tiempo de la ausencia de estos dos personajes, se oyó un tumulto de voces que gritaban cerca del edificio que se estaba construyendo.

—¿Qué sucede? preguntó el picapedrero.

Y uno de los obreros acudió gritando:

—Un peon que se ha caido del techo de uno de los aposentos de esta obra condenada.

Berta, rica heredera de aquella comarca, apareció á este tiempos seguida de algunos individuos de su servidumbre, y habiéndose enterado de la catástrofe, dijo á uno de sus servidores:

—Corred; prestadle socorro, salvadle si se puede, aquí teneis oro.

Y despojándose de algunas de sus alhajas, las arrojó en medio de la gente del pueblo; mas el picapedrero acercándose á Berta la dijo:

—Con vuestro oro quereis remediarlo todo; vos que habeis arrancado los hijos á sus padres, á las mugeres sus maridos, que habeis esparcido la desolacion en el mundo, ¿quereis poderlo compensar todo con el oro? Ausentáos, que antes de vuestra llegada á este pais éramos pobres pero dichosos.

Berta se desentendió, y viendo venir hácia ella al sobrestante le preguntó:

—¿Vive todavia?

—No señora, respondió el sobrestante.

Y Berta se ausentó esclamando:

—¡Oh! desgraciada fortaleza, edificada por la maldicion; esta misma maldicion pesará sobre aquellos que han de habitarla.

El desgraciado peon fué conducido en una camilla y la curiosa multitud siguió detras.

IV.

Ahora debemos figurarnos una habitación perteneciente á la casa de Walther Furst habitante de Uri alquien veremos hablar con su amigo Arnaldo.

—Habladme sigilosamente, dice el primero; estamos rodeados de espías.

—¿Pero no me traeis ninguna nueva de Unterwald ni de mi padre? preguntó Arnaldo. Yo no puedo permanecer mas tiempo en la ociosidad como un prisionero ¿Qué cosa he podido yo cometer que sea vituperable á los ojos de los hombres para verme obligado á ocultarme como un asesino? Yo no he cometido un delito por haber dado un palo á un imprudente eriado que por orden del gobernador queria robar mi hacienda.

—Habeis obrado con mucha ligereza, era preciso que lo hubiéseis soportado todo en silencio.

—¿Cómo! ¿querais que escuchase con tranquilidad las palabras insultantes de ese miserable? La muerte de mi padre es la que me aflige, el gobernador.

—Tened paciencia, Arnaldo; espere mos nuevas de Unterwald... Han llamado á mi puerta, retiráos, no sea un comisario del gobernador...

Arnaldo se escondió, y Walther

abrió la puerta de su estancia para dar paso á Werner.

—¿Qué veo? ¿Sois vos, Werner? Entrad y honraremos mi morada. ¿Qué buscáis en Uri?

Werner le alargó la mano y respondió:

—Vengo en busca de nuestros antiguos tiempos y de la antigua Suiza.

—Con vos viene todo lo que buscáis, repuso Walther: no podeis imaginaros mi contento cuando os veo... Sentáos, amigo mio; todos los viajeros que pasan de Alemania á Italia hacen mil elogios de vuestra casa hospitalaria: ¿qué nuevas me traéis?

—Compañero Walther, contestó Werner, no puedo permanecer en silencio; en mi cantón he dejado tristeza y opresión, pero también la encuentro aquí. Desde los tiempos mas remotos ha sido libre la Suiza, y los habitantes de esta comarca jamás esperimentaron la tiranía que hoy soportan.

—Teneis razon, amigo Werner; yo no conozco á mis compatriotas.

—¿Conoceis á Enrique Halden? preguntó Werner.

—Si le conozco, acabad; ¿qué le ha pasado?

—Su hijo, continuó Werner, cometió una ligera falta, y en castigo quisieron robarle sus mejores buyes; el jóven despues de haber herido á uno de sus opresores ha emprendido la fuga.

—Pero ¿y su padre? preguntó Walther con suma ansiedad. ¿Qué le ha sucedido á su padre?

—Los satélites del gobernador le han obligado á que revele el paradero de su hijo; pero el anciano jura que ignora la residencia del fugitivo.

Walther se aproximó á Werner con misterio y conduciéndole al otro lado del aposento, le preguntó:

—¿Qué mas? reveládmelo en voz baja.

—El hijo se me ha escapado, ha dicho el gobernador; pero tú, viejo miserable, quedas en mi poder... Ha mandado que le arrastren y que despues le saquen los ojos.

—¡Misericordia! exclamó Walther.

Arnaldo que lo habia estado escuchando todo, salió precipitado del parage donde se escondia y mirando á Werner con ansiedad gritaba:

—¡Sacarle los ojos! ¡Dios mio!

—¿Quién es este jóven? preguntó Werner.

—El hijo del anciano á quien van á sacrificar, repuso Walther.

—¡Justo Dios! exclamó Werner.... Domináos, jóven, domináos, prosiguió dando la mano á Arnaldo.

—¿Cómo reprimirme? pobre padre mio; ciego...

Acercó las dos manos á sus ojos y así permaneció algunos instantes, luego se volvió hácia sus interlocutores, y prosiguió con voz ahogada y llorando.

—¡Oh! la luz del día es un noble y rico presente del cielo... Todos los seres, todas las criaturas dichosas viven de la luz: mi padre permaneció en una oscuridad eterna, sin ver el rico esmalte de las flores. Morir no es nada, pero vivir y no ver es una desgracia insostenible... ¿Por qué me mirais con compasion? Yo tengo dos ojos y no puedo dar uno á mi padre ciego.

—¡Ay! dijo Werner, es preciso que yo aumente vuestro dolor en vez de remediarle... Vuestro padre es mas desgraciado todavía, pues el gobernador le ha despojado de todos sus bienes sin dejarle mas que un palo para ir de puerta en puerta pidiendo una limosna.

—Amigo Walther, dijo Arnaldo como un frenético: ahora no me digais que permanezca mas aquí oculto. No pienso mas que en una venganza sangrienta, y nadie puede ya detenerme; voy á pedir al gobernador los ojos de mi padre, y aun cuando se encuentre rodeado de tropas.... Nada me importa la muerte.

Quiso salir corriendo y Walther le detuvo.

—No salgais... ¿Qué vais á hacer, temerario? Estará en Sarnen en su palacio cercado de muros y se reirá de vuestro impotente furor.

—Aunque habite, prosiguió Arnaldo, en el palacio de hielo de Schreckhorn, aunque se oculte entre las nubes, sabré abrirme un camino para ponerme en su presencia, y con veinte jóvenes resueltos como yo, destruiré su fortaleza.

—Amigo Walther, dijo Werner, el

mal es insoportable. ¿Queréis esperar más crueldades?

—¿Qué mas pueden hacer los tiranos? dijo Arnaldo, cuando las niñas de los ojos no están seguras en su órbita? ¿Para qué hemos aprendido á tirar la flecha y á manejar el hacha?

—Si los tres cantones pensáran como nosotros, observó Walther, podríamos hacer un esfuerzo.

—Si Uri llama, si Unterwald promete su apoyo, dijo Werner, Schwitz respetará los antiguos lazos.

—Yo tengo muchos amigos en Unterwald, dijo Arnaldo, y todos espondrán su vida gustosamente si se ven apoyados y protegidos por los demas. ¡Oh venerables padres de estas comarcas, miradme entre vosotros, jóvenes sin experiencia, yo debería guardar un modesto silencio en este consejo, pero porque soy joven no desecheis mi parecer; no es la fogosa juventud la que me anima, sino la violencia de mi dolor, vosotros mismos sois padres de familia y deseariais tener un hijo virtuoso que honrase vuestros blancos cabellos y que defendiera la niña de vuestros ojos. La espada del tirano amenaza vuestras cabezas; habeis querido sustraer al país á la dominación del Austria, y este es tambien el crimen de mi padre; sois culpables como él y sufriréis el mismo castigo.

—Decidios, dijo Werner á Walther, que yo estoy dispuesto á seguirlos.

—Es preciso saber, repuso Walther, el pensamiento de los nobles señores de Sillinen y de Altinghusen: sus nombres nos adquiririan prosélitos.

Bastan los vuestros, dijo Arnaldo, nuestras montañas estarán dispuestas á seguirlos.

—Bien, contestó Walther dirigiéndose á Werner, sondead el espíritu de los habitantes de Schwitz, que yo reuniré á los amigos de Uri... ¿Pero quién se encarga de ir á Unterwald?

—Yo, respondió Arnaldo.

—Bien, repuso Walther, ¿pero dónde nos reunimos para quedar de acuerdo en todo lo concerniente á nuestra empresa?

—Escuchad dijo Werner, á la izquierda del lago caminando hácia Bruenen frente á Mitenstein, hayen el bosque que una pradera que los pastores llaman Rutli, allí podemos llegar por senderos estraviados y desiertos, y durante la noche, podemos deliberar con toda seguridad. Cada uno de nosotros lleve consigo diez hombres de toda su confianza y del mismo parecer, y reunidos todos hablaremos del interés general, y con la ayuda de Dios tomaremos una resolución.

Walther, Arnaldo y Werner se cogieron las manos, y despues de un corto silencio exclamaron á la vez:

—¡La libertad ó la muerte!

Despues se separaron á un tiempo.

(Se continuará.)

HOMBRES CELEBRES.

JUAN BAUTISTA LULLY.

El célebre compositor cuya historia vamos á referir, aunque nació en Italia puede considerarse como francés, porque la Francia fué su patria de adopción y á ella debió sus triunfos y sus glorias.

Cierto día que el caballero de Guisa se paseaba por las calles de Florencia,

observó á un niño muy feo, pero de extraña y singular viveza, que escitaba la atención de los transeúntes solicitando su caridad, ya por medio de chistes y agudezas que revelaban su talento y buen humor, ya tocando el violín de una manera sorprendente para su corta edad. El caballero de Guisa se detuvo como los demas transeúntes delante de este chico, observó atentamente por espacio de algun tiempo del modo que desempeñaba su profesion, y

cundo el pequeñuelo finalizó y hubo recogido las piezas de cobre que le habían arrojado en el suelo, el noble caballero francés se acercó al músico y le dió una palmadita en las espaldas.

—Chiquitín, le dijo, una persona muy rica y de alta categoría, me ha encargado que le lleve de Italia un niño de talento y de figura rara, para divertirle y distraerle en sus momentos de ocio que son los mas; tú, eres feo como un diablo, pero tienes el aspecto de ser muy original, y á poco trabajo conseguirás ser el bufon mas particular del mundo. ¿Quieres venir á Francia conmigo? Yo te presentaré á esa elevada señora; que estoy cierto que te protegerá.

El muchacho miró al caballero con aire maligno, y titubeó un momento receloso por el modo con que le habían hecho semejante proposición, pero de pronto y como vaticinando un porvenir á consecuencia de la anterior solicitud del caballero, repuso con tono decidido:

—Estoy á vuestras órdenes, monseñor; me hallo dispuesto á seguirlos.

—Pero ¿me prometes ser alegre y divertido? dijo el caballero de Guisa.

—Tan alegre, como feo me encontráis, monseñor.

—Muy bien, muy bien: marchemos; sígueme, que estoy seguro que la señorita de Montpensier felicitará mi hallazgo extraordinariamente.

Esto sucedía el año de 1645; el niño tenía diez años y se llamaba Juan Bautista Lully, quien mediante el consentimiento de sus pobres parientes, pasó á Francia á consecuencia de la prolífica observación que de él hizo aquel gran señor que se había dignado notarle y creerle digno de divertir por medio de sus gestos á las principales damas de la corte de Francia. Con efecto, el pobre niño fué presentado á la señorita de Montpensier, pero como los altos personajes, y mas todavía aquellos que no tienen alguna ocupación, la esclarecida princesa había cambiado de parecer enteramente respecto á su petición al caballero de Guisa, y se olvidó si le había pedido alguna cosa. Cuando le presentaron á Bautista Lully,

le miró desdénosamente y exclamó:

—¡Ah! caballero; os habeis escudido; esto pasa de broma; yo no os he dicho que me trajeseis un muchacho tan feo.

Todos al instante se echaron á reír, y el mismo caballero de Guisa tomó parte en la mofa que hacían del pobre chico italiano, quien viendo que era objeto de la burla mas descarada de aquellos cortesanos, perdió de pronto su habitual alegría, bajando los ojos de vergüenza y permaneciendo suspenso y cortado delante de aquella reunión de cortesanos.

—Al menos, dijo el caballero, vuestra alteza hará alguna cosa en favor del monito que de tan lejanas tierras le he traído.

—Oh, sí, ¿quién lo duda? servirá para que distraiga á mis cocineros; desde ahora le nombro galopin de mi cocina, respondió la señorita de Montpensier.

Y tocó la campanilla á fin de que condujesen al niño á su destino.

En adelante esta princesa no volvió á ocuparse del pobre Bautista, que bajó á la cocina, siendo así que le habían llevado á la corte de Francia para ser las delicias de un brillante salon; cuando menos, debía ser page y le nombraron galopin de cocina. Perdió casi enteramente sus esperanzas, pero sin embargo, como tenía un carácter bastante jovial, y muy predisuelto á todo género de circunstancias, y por otro lado, como jamás había tenido que comer con abundancia al lado de sus parientes, no halló su suerte demasiado desgraciada, y aceptó con gozo su destino, esperanzado en que no exigirían de él muchos servicios, en que estaría bien alimentado, bien vestido, y en que le consentirían tocar el violin siempre y cuando se le antojara. De suerte que Bautista Lully, resignado con su estrella, solo procuró en adelante llevarse bien con los numerosos criados de aquella casa, á los cuales alegraba con sus sales y lindes durante el día, y cuando llegaba la hora en que dormía la servidumbre de la princesa, Lully reunía á los criados en su derredor, bien en la antecámara,

bien en una sala particular de ellos, ó ya en el patio, y allí tocaba en el violin, con una admirable precision y una originalidad de ejecucion estraña á su edad, los mas preciosos cantos nacionales de Nápoles y de Florencia. Cuentan que cuando carecia de violin, echaba mano de las cacerolas de la cocina, y tenia el arte de sacar de estos objetos sonidos armoniosos, con lo cual entretenia y hacia reir á todos cuantos le miraban.

Bautista conoció como todos los

hombres de ingenio, que tarde ó temprano viene para el talento una hora favorable. Con efecto, un día que el conde de Nogeut pasó á visitar á la duquesa de Montpensier, escuchó á tiempo que subia la escalera, al ingenioso Bautista que daba su concierto de costumbre á los criados de la duquesa, los cuales le escuchaban en una habitacion del piso bajo; el conde se detuvo un instante para escuchar al violinista, y despues atraído por el mé-



rito que habia conocido en la buena ejecucion, el gran señor, vestido como se encontraba para una visita de toda etiqueta, no se desdenó en bajar la es-

calera y penetrar en la pieza de los sirvientes, donde Lully con su violin ejecutaba las cosas mas maravillosas. La aparicion de este nuevo é inespera-

do personaje, causó cierta especie de embarazo y cortedad al niño y á todos cuantos le estaban escuchando; pero como estos andaban confusos y hacían las mas exageradas reverencias, el conde de Nogent les dijo:

—He venido aquí para oír la música y no para recibir homenajes.

Y volviéndose despues hacía Lully añadió:

—Continúa, amigo mío, que con un poco mas que te perfecciones, yo te prometo una buena plaza entre los grandes y afamados músicos de S. M.

La timidez, no era una de las virtudes del jóven Lully, y volvió á comenzar con mas aplomo que antes sus himnos florentinos, pero observando que su auditorio habitual, permanecía respetuoso y silencioso delante de un personaje de tanta categoría como el conde de Nogent, deseoso de que manifestasen su satisfaccion como tenían costumbre de hacerlo, Lully bajó su violin, é interrumpió su música para interpelarlos en su idioma medio frances y medio italiano.

—¿Perché n' applaudissez vous pas? ¿La presence del signor conte a-t-elle? pou sancer miei dilettenti en asini? (1)

Esta chistosa osadía escitó la risa al mismo conde de Nogent, y fué el primero en dar la señal de los aplausos de que el ingenioso jóven tan ansioso se mostraba. El conde dió algunos golpe-citos en la espalda de Bautista y se ausentó diciendo:

—Procuraré hacerte tan feliz como mereces: es preciso que te distingas y lo conseguiré sin duda.

La inesperada visita del conde en la casa de la duquesa de Montpensier, cambió de repente la fortuna de Lully. El conde de Nogent hizo á la señorita los mas grandes elogios del galopin violinista, con lo cual la alta señora tuvo ganas de escucharle.

—¡Ay, que le suban! no sabia yo, dijo la duquesa, que ese muchacho tan feo tuviera semejante habilidad. Supe por el de Guisa que tocaba el violin, mas no

(1) ¿Por que no aplaudis? ¿La presencia del señor conde ha podido transformar á mis admiradores en asnos?

con la perfeccion que me anunciáis.

Por último, del modo que Lully había bajado desde el salon á la cocina, subió desde la cocina al salon: un capricho le habia condenado á vivir en la oscuridad, pero su talento precoz, le hizo sobresalir á pesar de todo; le redujeron á que tuviese por auditorio solamente á los criados de la casa, pero al poco tiempo mereció ser apreciado por la mas brillante reunion, pues habiendo dado la duquesa de Montpensier un gran concierto, hizo que Lully fuese escuchado de los mas altos personajes, y el jóven Bautista fué la admiracion de cuantos le oyeron tocar.

Desde entonces se decidió su fortuna, pues el monarca Luis XIV creó al instante la compañía de los niños músicos de cámara, á la cual supo Lully dar una fama europea. De simple músico, no tardó Bautista en llegar á ser un compositor eminente: creó la música de un gran número de bailes y canciones, en las que el mismo rey no se desdenaba tomar parte. En el espacio de quince años dió al público diez y nueve óperas, que no han podido condenar al olvido, ni el tiempo, ni los progresos del arte; en las sinfonías de aquellos tiempos, los primeros violines solo podían ejecutar un compas sostenido, y las otras partes se reducían á un acompañamiento monótono, pero Lully fué el primero que introdujo el uso de nuevos instrumentos, tales como los címbalos y las trompetas, los que contribuían á hacer mas sonoro el conjunto de la orquesta; pero lo que mas particularmente distingue á las sinfonías de este aventajado artista, son las fugas, conocidas aun y muy apreciadas por los artistas contemporáneos.

Los enemigos de Lully aseguraban que el éxito prodigioso de su música era debido á la facilidad de los versos del poeta Quinault, autor de los libretos de todas sus óperas.

Algunos de sus amigos le dijeron esto mismo en chanza.

—¡Ah! exclamó uno de los mas descarados, si Lully se viese obligado á componer sus óperas arreglándose á versos mas enérgicos, no sacaría de sus composiciones el mismo partido!

Lully que de este modo creyó ultrajar su buena reputacion de compositor, experimenta de repente un entusiasmo que le devora y le pone fuera de sí; entra en un gabinete y se apodera del primer instrumento que halló, que fué una especie de bandurria, y trayendo á



su memoria los cuatro versos de mas fuego de la *Ifigenia* de Racine, los acomodó perfectamente á su estilo, y después que los hubo ensayado salió del gabinete y los cantó con la mayor vehemencia en presencia de todos sus supuestos detractores.

Un casi frenético entusiasmo se apoderó de los oyentes á los armoniosos compases del arrebatado autor, creyéndose todos presentes en el horroroso espectáculo que pintaban los cuatro versos de la tragedia inmortal; todos lanzaron unánimes un grito, grito de terror y admiracion al mismo tiempo, el triunfo de Lully fué completo.

Lully era tan apasionado de su arte, que si alguno hubiese sido capaz, decia, de asegurar que la música no servia

para nada, le hubiera matado sin ningún escrúpulo de conciencia. Hizo que una noche representaran solamente para él una ópera que el público en un principio no habia querido escuchar, porque decia que era mala; refirieron al rey esta singularidad del famoso compositor y dijo el soberano:

—Puesto que Lully encuentra buena su ópera indudablemente debe serlo.

Con efecto, la ejecutaren nuevamente, y tanto la corte como el público variaron de opinion. Esta ópera era *Armida*, una de las obras maestras de tan distinguido artista.

Luis XIV recompensó á Lully con magnificencia, nombrándole superintendente de su orquesta y concediéndole en 1672 el privilegio de la Academia real de canto.

Desde esta época memorable de su vida, dicen que Lully descuidó de tal manera el violin, que ni en su casa le queria tener. Solo el mariscal Grammont poseia el secreto de hacerle tocar algunas veces, y era dando orden á uno de sus criados de coger un violin y tocarle muy mal cuando viesse entrar en su casa al célebre músico: entonces Lully enfurecido porque así profanaban su arte, arrancaba el violin de las manos del criado, y á fin de enseñarle lo que debia hacer, tocaba algunas piezas con singular maestria.

Tenia un oído tan delicado que conocia cuando se desentonaba un poco el instrumento mas insignificante de la orquesta mas numerosa, y en medio de un furor inesplicable, se lanzaba sobre el músico extraviado, y hasta llegaba el caso de romper el instrumento en sus espaldas, pero después que repetia, su buen corazon le dictaba sentimientos muy distintos, pues llamaba al pobre músico y le pagaba el instrumento doble de lo que valia y le llevaba á comer á su casa.

Luis XIV no contento con haberle colmado de riquezas, y no sabiendo como recompensarle debidamente, tomó el partido de ennoblecerle; el ilustre compositor sabia que esto haria levantar el grito á la corte que consentia en que la divirtiera, pero no creia oportu-

tuno que con esta ocasion hallase el monarca un motivo suficiente para hacerle olvidar su oscuro nacimiento. Lully para burlarse de aquellos que le despreciaban, guardó sus cartas de nobleza sin mandarlas registrar: por este tiempo se representó en presencia del rey la comedia y el baile del *Ciudadano caballero*, de Moliere, cuya musica habia compuesto Lully. El mismo cantó el personaje de Muffi, que ejecutó maravillosamente, tanto que el rey le tributó bastantes elogios.

—Soy muy dichoso, señor, le dijo, de haber distraído un momento á vuestra magestad, pero yo que tenia deseos de llegar á ser uno de los secretarios del rey, ¿cómo seré recibido despues de haberos divertido? Los caballeros de la corte no querrán que me iguale á ellos.

—¿Cómo que no querrán! repuso el monarca; ellos lo tendrán á mucho honor. Id al canceller de mi parte, y que todo se haga como deseais. Todos los personajes que acompañaban al monarca se mostraron resentidos, pero no se determinaron á decir una palabra. Lully partió en casa del canceller; los secretarios del rey murmuraban con especialidad.

—¿Qué momento escogió para que le nombrasen! Apenas habia soltado el sombrero de Muffi, cuando se determinó á pretender un cargo tan honorífico.

El ministro Louvois se ofendió mucho de las pretensiones de Lully, y hasta llegó á reprenderle su temeridad diciéndole, que no encontraba en Lully otra recomendacion que la de hacer reir á S. M.

—Caballero de la sangre azul, repuso el compositor, vos hariais otro tanto si pudiérais.

La respuesta era atrevida, y solamente el mariscal de Fenillade y Lully respondieron de este modo á Louvois. Este hizo un gesto, pero reflexionó que el rey no sacrificaría sus diarios pasatiempos á un movimiento de orgullo de uno de sus ministros. El mismo Luis XIV habló al canceller en favor de su protegido, quien recibió bien pronto los titulos de su nuevo cargo. El día de

la recepcion, dió un espléndido banquete á los nobles de que ya él componia parte, y el mismo Louvois desde entonces se resignó á llamar á Lully su cofrade.

Este hombre célebre conservó hasta el fin de su vida el humor jovial de su juventud. Cuando Moliere estaba triste, decia á su amigo:

—Lully, hazme reir.

La alegría de Bautista no se disipó sino en sus últimos instantes, que solo se ocupó de sus deberes de cristiano; el principe de Conti le visitó varias veces durante su enfermedad, quien últimamente le encontró tendido en la cama y entonando con voz desfallecida un cántico que habia compuesto, cuya letra era: «Es preciso morir, pecador.» Espiró el 22 de marzo de 1687, dejando á sus herederos seiscientos treinta mil libras en oro, que habia ganado con su profesion; fué enterrado con grande aparato y solemnidad. Santeuil compuso un epitafio en seis versos latinos cuyo pensamiento es el siguiente:

«¡Oh muerte, sabíamos que eras ciega, pero matando á Lully sabemos que también eres sorda!»

Amar la lectura es cangear las horas de tedio, por horas de delicia.

Montesquieu.

La perfeccion no se encuentra en las cosas extraordinarias, y raras. Los mejores libros son aquellos que cada lector cree hubiera podido escribir.... la naturaleza, que es la única buena, es familiar y regular.... Aborrezco la hinchazon en el estilo.

Pascal.

Un buen libro es el mejor amigo. Sirve de entretenimiento cuando se carece de amigo de quien poder enseñarse: no descubre los secretos y enseña la sabiduría.

Máxima de los orientales.

LA CATEDRA EN EL CAMPO.

Ó SOLACES DE UNA FAMILIA PROSCRIPTA.

II.

LA FAMILIA MULLER.

Al día siguiente volvió á tomar la quinta del proscrito el mismo aspecto de animación que los días anteriores: concluido el desayuno, dijo don Raimundo (que así se llamaba el huésped), que cumpliría su palabra, y en su consecuencia, cuando vió reunida á la familia de don Casimiro, se espresó del modo siguiente:

—Voy á referir á vds. una historia que lleva en sí misma el doble mérito de ser tan interesante como verdadera. En mis largas y frecuentes expediciones por este mundo, conocí en Londres á un compañero de posada que me contó la siguiente anécdota:

«Uno de los mas honrados comerciantes de Lila, llamado Pedro Muller, acababa de experimentar uno de aquellos reveses de fortuna, que no respetan ni á la probidad ni al trabajo: indignamente engañado, víctima de la mala fé de un asociado, don Pedro Muller se desanimó bien pronto, y creyendo amenazada su libertad y comprometida su reputación, queriendo huir de las persecuciones, determinó ausentarse. Sus preparativos se hicieron con tal sigilo, que solamente su familia tuvo de ellos conocimiento, y don Pedro Muller no comenzó á respirar sino cuando se vió pisando el suelo de Bélgica, desde donde sin detenerse partió para llegar á Amsterdam.

Su primer cuidado fué escribir á su esposa, la buena Amelia, y á sus cuatro

hijos, Julian, Felix, Arturo y Manuel, con el objeto de asegurar á todos respecto á la suerte de un marido y de un padre tiernamente amado. Por espacio de algunos meses no se interrumpió esta amable correspondencia, y cualquiera persona extraña, que hubiese hojeado estas cartas de familia, no hubiese podido menos que experimentar una extraordinaria afección en vista de tan buenos sentimientos.

Sin embargo, Amelia, muger de resolución, y animada por el sentimiento del deber, encontró en las mismas dificultades de su posición, una nueva energía, una infatigable perseverancia. Supo dirigir con tanta inteligencia los asuntos de su marido, que no tardó mucho en aparecer la verdad, y la mala fé del asociado no fué un secreto para nadie. Don Pedro Muller no encontró su fortuna realmente comprometida por las pérdidas comerciales, pero halló su honor, el principal de todos los bienes.

Poco despues de esta dichosa conclusión, se reunió toda la familia; pero ¡qué dulces y afectuosas fueron las emociones de aquella feliz entrevista! ¡Verse, interrogarse con las miradas, con las lágrimas del gozo y del contento, que jamás fatigan; luego siguieron las sonrisas, las mas dulces conferencias, los mas gratos recuerdos, y la relación de los pasados sufrimientos! En estos momentos es cuando se siente todo el encanto de los lazos de una honrada familia.

Don Pedro Muller, una vez justificado, hubiera podido volver á su país y ponerse al frente de su casa; pero las angustias que ya habia experimentado,

le hacian amarga la idea de ver otra vez los sitios que habian sido testigos de su desgracia, y por ningun precio consintió presentarse en Lila, pues su viveza de imaginacion habia creado cosas que se proponia realizar á toda costa.

—Hijos mios, dijo un dia don Pedro Muller: tengo que proponeros una grande resolucio; acaso os asuste; pero de cualquier modo que sea, escuchadla. ¿Quereis habitar en América, en esa tierra poética y fecunda, donde tan frecuentemente os he hecho viajar con la imaginacion, por las noches sentados en nuestro hogar, y donde os contaba las aventuras de Robinson?

A estas palabras sucedió un grito de alegría; los cuatro hijos de don Pedro Muller espresaron con saltos y enérgicas exclamaciones su contento; la juventud es tan amiga de aventuras, que solo la idea de un cambio de escena los enloquece. La buena Amelia era la única que guardaba silencio, y bajaba la cabeza con aspecto melancólico; conoció su marido y dijo con tono de amistosa consideracion:

—Parece que mi proyecto no te agrada, querida Amelia; espésame con franqueza tu opinion, y si tus observaciones son justas, te prometo retroceder en mi propósito. ¿Es la grande distancia lo que te intimida, ó los trabajos de la travesia? Habla.

—Puesto que á ello me autorizas, respondió Amelia, te espresaré todo cuanto en este momento se ha presentado á mi imaginacion. Soy madre y tengo derecho á temer los peligros que pudieran ocasionarse á mis hijos. Si no se tratara mas que de mí, ya yo hubiese dicho: «Partamos;» pero comprende mis temores cuando es cuestion de unos seres á quienes amo tanto.

Los cuatro jóvenes, hablaron en general para convencer á su tierna madre, y entre otros argumentos, espusieron, que en nuestra época, gracias á los adelantos de la navegacion, los peligros de una travesia no pertenecian mas que á la historia antigua, y que raramente se hablaba ya de un naufragio; que quince ó diez y seis dias, añadieron, bastaba para atravesar el At-

lántico y conducir un navio á Nueva-York. En fin, estos jóvenes sin experiencia, demostraron todo su ardor para que se aprobara el proyecto de su padre, y la prudente Amelia cedió á su pesar.

No nos detendremos en los pormenores de la travesia; durante algunos dias el tiempo se mostró benigno, pero de repente cambió el viento, el cielo se cubrió de nubes negras y espesas, sepultando la luz del dia, y las olas ensorbecidas anunciaron á la tripulacion una violenta tempestad. Bien pronto la embarcacion privada de lo mas preciso, se convirtió en juguete de las olas, sin que á pesar de las maniobras fuese posible luchar contra el elemento destructor. La tripulacion en su desconcierto, consultaba la mirada del capitan, que no hallaba medio de salvacion, y ultimamente, un terrible estremecimiento, dió á conocer á los naufragos que la nave se habia encallado en un enorme banco de arena; á poco tiempo escucharon erogar la embarcacion, y no habia tiempo que perder; se reunieron en consulta, y al fin se decidió que todos bajarían á la chalupa.

La mas prolija descripcion no podria dar una idea exacta de los sufrimientos y angustias de los navegantes; los pasajeros y la tripulacion eran numerosos para que la rota embarcacion pudiera sostenerlos; resolvieron poner en la chalupa las provisiones mas indispensables, y por consiguiente era imposible que todos se pudiesen salvar. Los marineros, como la gente mas fuerte y los dueños, opinaron que se sortearan los pasajeros para saber los que debian quedarse en la nave rota; pero la familia Muller no quiso pasar por esta horrorosa prueba.

—¡O nos salvamos todos, exclamaron estos desgraciados, ó juntos perecemos!

—¡Decidlos! dijo el capitan.

—Está tomada nuestra resolucio, contestó Muller; lo mismo que yo no quisiera la vida sin mis hijos, igualmente ellos, no querrán existir sin su padre.

—¡No, no! gritaron á un tiempo los

cuatro niños; nosotros quedaremos con nuestro padre; con vos también, madre mía, y Dios nos recibirá á todos en su seno!

A estas palabras mediaron las mas tiernas emociones por parte de toda la familia, mientras los demas pasajeros aligeraban los instantes de la partida, y no tardó mucho sin que la chalupa se alejase llevando consigo á los naufragos, escepto dos pasajeros y la familia Muller: éste bajó al camarote del capitán para esperar allí la muerte rogando á la Virgen de los Dolores. La chalupa habia desaparecido llevada como una pluma por las encrespadas olas que parecian montañas, y la embarcacion encallada, daba de vez en cuando tan fuertes sacudimientos, que á cada instante parecia encontrarse próxima á abrirse. No obstante, la misma pujanza del mar la desprendió del sitio donde estaba sujeta, conduciéndola á la ribera, y allí quedó fijamente clavada. Muller, su esposa y sus hijos subieron al instante sobre cubierta y bendiciendo á la Providencia, buscaron en seguida á los dos compañeros que con ellos se habian quedado; pero desgraciadamente estos en un acceso de desesperacion se habian arrojado al mar. Después que compadecieron y rogaron á Dios por la suerte de estos dos desventurados, la familia Muller comenzó á buscar el medio de llegar á la playa de la que se hallaban poco distantes: don Pedro Muller y sus hijos mayores Julian y Felix, eran los únicos que sabian nadar; el padre se encargó de Amelia, y Julian y Felix de Arturo y Manuel, que á pesar del miedo que tenían, se afianzaron al cuello de sus salvadores. Cuando llegaron á tierra, el primer cuidado de esta familia, tan milagrosamente salvada del furor de las olas, fué arrodillarse sobre aquella tierra desconocida, para dar gracias al Todopoderoso que jamás abandona á sus criaturas si estas le ruegan con entero fervor.

Figurémonos que ha transcurrido el intervalo de un año, y observemos á nuestros seis viajeros, pero no del mismo modo que habian llegado, porque todo el tiempo que vivieron allí,

debió producir en ellos cambios notables; los jóvenes vieron desarrollarse sus fuerzas con un continuo ejercicio, que fué por otro lado indispensable, pues sobre la magnífica tierra donde Dios los habia conducido, esta familia se encontraba enteramente sola. Era una de aquellas islas que no habia encontrado todavía la laboriosa exploracion del asiduo navegante, país encantado, donde la naturaleza por uno de sus infinitos caprichos, se habia mostrado pródiga en dones, pero nadie todavía se habia aprovechado de sus tesoros.

La fecundidad junto con la caprichosa irregularidad, por efecto de la falta de cultura, constituian el mas atractivo desorden que puede imaginarse; la vista se fascinaba al ver tanta riqueza desconocida; allí se veian altas y fecundas palmeras, cocos de excelente calidad. Los primeros instantes la familia Muller quedó suspensa y admirada delante de un cuadro tan magnífico, pero al fin, habiendo vuelto al triste sentimiento de la realidad, comprendió facilmente que en esta especie de paraíso terrenal podria también espermentarse los horrores del hambre, y tener otras muchas privaciones, á las cuales se muestra insensible un salvaje, pero que para los europeos son un verdadero suplicio. Nuestros naufragos se ocuparon especialmente en sacar del navio, mientras estuvo *abordable*, todo aquello que pudo conservarse intacto y de fácil transporte. El padre y sus hijos construyeron con ramas de árboles atadas, una especie de balsa capaz de soportar algun peso: hecho esto, la echaron al mar y la ataron firmemente á la nave encallada.

Esta balsa, por artificiosamente que estuviese construida, no hubiera protegido de la humedad los diferentes objetos que iban á trasportarse, si don Pedro Muller no tuviera la feliz idea de colocar estos objetos necesarios en barriles vacíos. A los diez viages se proveyó de lo mas urgente, pues sacó de la nave, armas, herramientas, telas, calzados, vestidos y pescado salado. Una mañana en que los valerosos nau-

fragos se encaminaban hacia la ribera, con la esperanza de proseguir en su exploracion, no apercibieron mas que la linea azul del mar... Bien que se hubiera ocultado en la profundidad,

bien que marchado á larga distancia, la embarcacion habia desaparecido. Entonces la familia Muller, que hasta allí se habia contentado de acampar bajo una tienda alumbrada con grandes hogueras,



ras para auyentar á las fieras, conoció la necesidad que tenia de penetrar en lo interior de la isla y de fabricarse una habitacion mas sólida y segura. Alumbrados por un sol resplandeciente, y refrescados por una brisa suave y odorífica que descendia de las montañas, se pusieron en marcha los peregrinos.

A medida que se internaban, se iban quedando parados delante de aquellos objetos que por todos lados les iba il-

luminando su atencion; pero siempre caminaban con aquel temor y desconfianza que inspira un lugar tan fecundo en peligros como en tesoros. El horizonte aparecia límpido y hermoso; delante de los viajeros, iban huyendo rebaños enteros de animales desconocidos para ellos; otros menos tímidos, como el búfalo y el chacal, se paraban y miraban con ojos amenazantes; pero dominados al fin por el ascendiente de

la mirada humana, se alejaban. En las fuertes ramas de aquellos árboles se veían muchas aves extrañas y de plumas de colores muy raros; aves de una forma particular como el cacaú y el joco.



Lo que particularmente llamó la atención de Muller y de sus hijos, fueron dos grandes avestruces, que seguidos de sus polluelos, recorrían magistralmente una arenosa llanura. Como es de suponer, estas tímidas aves hu-

ron al aspecto de los viajeros, los cuales desde luego imaginaron que en lo sucesivo obtendrían una abundante caza de estos animales; además para sus futuras expediciones contaban con dos excelentes auxiliares, que eran dos perdigueros que don Pedro Muller había sacado del aposento del capitán; Leon y Valiente, que así se llamaban, manifestaron sus caricias á sus nuevos amos: unamos á los nombres de los fieles perdigueros el de Prisionero, un jumento de bonita especie, también procedente del navio, y el que de vez en cuando paseaba á Amelia y á sus hijos.

Cuando llegaron al sitio que pareció reunir todas las condiciones de buena temperatura y fertilidad, se establecieron en él. Mientras que se construía una morada mas á propósito, encontraron una gruta bastante espaciosa, que fué preciso cubrir de hojas y ramas, y cuya entrada se cerró con piedras enormes, no sin temer todavía la visita nocturna de los chacales y las serpientes. ¡Cuántas veces, la pobre Amelia sufrió los mas crueles insomnios, prestando

su atento oído, y temblando de miedo! Despertaba violentamente á su marido y le preguntaba.

—¿No oyes un sordo ruido?...

Muller fingía no escuchar nada, pero tampoco él podía dormir y experimentaba las mismas inquietudes por su familia rodeada de tantos enemigos y tan temibles; sus mismos temores contribuían á darle mas ardor hacia el trabajo. La construcción de su casa de madera se hallaba muy adelantada, pero un acontecimiento imprevisto vino á turbar á la familia Muller. Un día Prisionero, sobrecogido con una especie de temblor, rompió el roncal con que estaba atado y comenzó á huir con extraordinaria rapidez, y aunque estrechado por Leon y Valiente, no le pudieron contener.

—¿Qué debemos pensar de la fuga de nuestro Prisionero? preguntó Julian.

—Algun capricho, repuso Felix con indiferencia; el jumento volverá lo mismo que ha partido.

—No, interrumpió don Pedro Muller,

si se ha fugado, es por que su instinto le ha revelado la proximidad de algun enemigo; pongamos cuidado.

Con efecto, no tardó en escucharse un gran ruido; un poderoso animal llegaba corriendo, y á su paso iba tronchando el espeso ramaje y abriéndose camino. La familia Muller se escondió en su gruta á toda priesa, y solamente Felix por una ostentacion de valor y á pesar de las intimaciones de su padre, se habia quedado en el interior de la casa que se estaba construyendo. Al poco tiempo se presentó un grande hipopótamo.

Felix tuvo la imprudencia de dar un tiro al monstruoso animal, quien sintiéndose herido, irritado marchó en busca de su agresor; y habiéndole apercibido, se arrojó contra las tablas mal juntas todavía del comenzado edificio, y con el peso de esta máquina viviente, probablemente se hubiera destruido la pared de madera, si al punto el hipopótamo deteniéndose no experimentara tanto terror como el que le inspiraba á

Felix y á los parientes del jóven. El animal se volvió bruscamente y partió á todo escape, y no tardó en desaparecer en las profundidades de las aguas de un lago de donde sin duda antes habia salido.

¿Cuál era el enemigo tan temible por el que tanto se intimidó el hipopótamo? El boá, el mas poderoso de los reptiles, y el que por su agilidad y la fuerza muscular de sus anillos, combate siempre con la certidumbre de la victoria; delante del boá, huyen igualmente los cuadrúpedos y las aves.

La enorme serpiente persiguió al pobre Prisionero, y vanamente el asno, asustado y loco corrió con la rapidez digna de un ciervo; el boá se arrastraba y enroscaba sus anillos, y despues por medio de saltos gigantes, alcanzó á su víctima; lanzóse en fin, sobre el indefenso jumento, se enroscó en su cuerpo.... y se oyeron crujir los huesos del asno.

Despues de la muerte de Prisionero, dió principio el trabajo de la in-



gestion; todos saben que el boá, regando á su presa de una abundante baba, la reduce á un estado de poderla entrar en su estómago; pero entonces el boá barto de comida, se pone inmóvil, pesado é inhabilitado para defenderse, y este es el momento que se elige para

atacarle; de esta manera es como don Pedro Muller y su familia lograron desembarazarse de tan terrible enemigo.

Dejemos transcurrir un año, y hallaremos á aquella limitadísima colonia bien instalada y sucesivamente mejo-

rada. Las tierras cultivadas en derredor de las casas han llegado á ser fértiles, y la alegría de Muller era tan verdadera, cuanto que Julian acababa de descubrir la patata: descubrimiento del mas alto precio; él aseguró desde entonces la subsistencia de la familia, reemplazando al pan de que se veían próximos á carecer, pues la provision de galletas que sacaron del buque se habia consumido.

—Julian, dijo don Pedro Muller, te felicito de todo corazon por tu gran descubrimiento.

—Bueno, bueno, dijo entonces Felix, yo tambien he hecho un descubrimiento. ¿No he aparecido yo el primero este arroyuelo circuido de aloes? Volved la cara hacia aquella parte y decidme si no es maravilloso ver á Arturo

alegre y orgulloso caminar montado en un avestruz.

Pero quiero suspender mi narracion por algunos momentos, prosiguió el huésped. Gracias á vd., señor don Casimiro, me encuentro muy mejorado de mi pierna, y desearia, que puesto que brilla un hermoso sol de primavera, saliésemos á dar una vuelta por el campo antes de comer, que yo prometo proseguir esta noche la historia de la familia Muller, para que mis jóvenes oyentes queden complacidos.

Los niños quedaron pendientes de la promesa del cazador, y don Casimiro se apresuró en acceder al deseo de su amigo. Cuando volvieron ya estaba puesta la mesa, y se comió con el mismo contento de otros dias.

(Se continuará.)

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LA ROCA PROFUNDA. (1)

A un extremo de la rada de Brest y en la parte conocida con el nombre de Keleru, se encuentra un caserío escondido en un espeso conjunto de hayas, olmos y fresnos. La aldea apenas cuenta unas treinta casas, en medio de las cuales aparece la iglesia, con un cementerio que sombrean dos gigantes- cypreses.

A pocos pasos de uno de estos dos árboles, habia una sepultura, recientemente cubierta con tierra, y donde se acababa de clavar una cruz pintada de negro, regada con lágrimas, porque en el cementerio donde reposa la pobreza, estas son las preces funerarias que hallan los desdichados.

(1) Esta roca existe realmente en las inmediaciones de Brest, y cuanto vamos á decir de ella es histórico.

Un hombre se hallaba en este sitio con el sombrero quitado, de rodillas sobre la yerba y acompañado de dos niños que rezaban á su lado.

La humilde tumba encerraba los restos mortales de la madre de estos y la muger de aquel; dulce y paciente criatura que por espacio de diez años habia estado luchando contra la miseria y los sufrimientos, y que al fin habia sucumbido victima de sus dolores sin dirigir la mas minima queja.

Despues de un gran rato que estuvo rezando, Claudio Morvan se levantó, sus hijos le imitaron y en medio del mas profundo silencio emprendieron el camino que conducia á Keleru.

La muerte de Catalina habia hecho una profunda herida en el corazon del aldeano, porque la amaba con toda la pura afeccion que puede un marido tener á su esposa, pero su dolor no le habia desanimado enteramente; reprimia su padecimiento y amaba con

igual ternura á los hijos que su muger le habia dejado.

El mayor, que se llamaba Pedro, tenía cerca de nueve años, y se veía en

él aquella actividad en la práctica de la vida que la necesidad dá desde muy temprano á los niños sin fortuna; no solo vigilaba sobre su hermana Regina,



de edad de siete años, sino que era el que habia tomado á su cargo los cuidados de los asuntos domésticos, y ayudaba á su padre en los trabajos diarios segun sus fuerzas se lo permitian.

Los tres tomaron una senda que serpenteaba entre el espeso ramaje de aquella campiña, pero bien pronto apercibieron su cabaña situada en medio del camino de Roscanvel y de la ciudadela de Kelern.

Al observar este techó casi destruido, alumbrado por los últimos reflejos del sol, el corazon de Claudio comenzó á latir con violencia; recordó con sentimiento, aquel tiempo en que su amada Catalina con voz dulce y cariñosa anunciaba á sus hijos la llegada del padre, y las alegres é infantiles risotadas de Pedro y Regina que salían á su encuentro para abrazarle... ¡Ahora todo estaba silencioso y desierto! La muerte habia pasado por la cabaña y se llevó el movimiento y la alegría.

Claudio suspiró, cogió de la mano á

sus dos hijos y los aproximó á su lado. ¡Único consuelo que le quedaba después de tan grande infortunio! Dió la vuelta al camino, y viéndose en frente de su cabaña, distinguió al señor de Rogerio que le esperaba sentado en una piedra cerca de la puerta.

El señor de Rogerio era un antiguo tabernero de Brest, que habiendo dejado esta profesion, se retiró á Roscanvel, donde compró algunas posesiones, y en el número de estas estaba inclusa la cabaña de Morvan; en el país era conocido el tabernero por un hombre avaro y de carácter áspero y violento, pues repetidas veces habia tenido que justificarse delante del juez de paz del canton, de los malos tratamientos que daba á aquellas personas que estaban á su servicio.

Claudio Morvan se quitó el sombrero y saludó al propietario, y los niños hicieron otro tanto por imitacion, pero el señor de Rogerio que permaneció sentado, no quiso descubrirse.

—¿Y tu muger, ha muerto? preguntó

con aquella dureza que afectan los malvados ante sus inferiores. ¿Sabes que este acontecimiento es una desgracia para ti?

—¿Desgraciadamente losé, respondió Claudio turbado, pues nadie como yo sabe lo mucho que valia.

—Y lo peor de todo es que te ha hecho perder una plaza en casa del señor Leonardo ¿Cómo has abandonado tu trabajo por espacio de ocho días?

—Me fué preciso para cuidar á mi pobre Catalina.

—Catalina... ya... bien podías haberla dejado con tus hijos... Además, no tenias esperanza de salvarla; tú sabias que al fin debía sucumbir.

—Nunca se tiene esa seguridad cuando se ama á la persona á quien se ve sufrir, dijo Claudio con un sentimiento profundo; mientras mas me hablaba y me miraba, menos persuadido estaba yo de que iba á morir.

El señor Rogerio meneó la cabeza y prosiguió:

—Ya ves al extremo que te ha conducido la desgracia... Al fin ha muerto Catalina; el señor Leonardo que no quiso esperarte, ha mandado venir de Brest otro oficial á su fabrica de cal y ladrillo. ¿Dónde recurras ahora para encontrar trabajo?

—Iré á ofrecer mis servicios por todas partes, respondió Morvan.

—Y en ninguna te recibirán, contestó el antiguo tabernero; tan bien los sabes como yo, porque es el tiempo de la parada y hay mas brazos que obras.... Y sin embargo me debes tres meses de casa.

—No lo he olvidado, señor, dijo Claudio, yo os pagaré.

—¿Vas á pagarme quizás con el cerdo que has vendido para comprar remedios á la difunta, ó con tus muebles que han servido para fabricarle un féretro? preguntó el señor Rogerio con dureza. ¿Por qué no te has contentado con hacer para tu mujer un agujero en el suelo del cementerio como hacen todos los pobres?... Y no ponerle una cruz...

—¡Ay! exclamó Morvan, era el último obsequio que tributaba á mi pobre Catalina, señor; negándole lo que se concede á otros muertos, creí que insulta-

ba su memoria; ella que ha consagrado su vida para nuestro bien ¿no tenia derecho á este último sufragio? Con la cruz al menos no podremos olvidar dónde se halla su pobre cuerpo, y sabremos en qué sitio nos debemos arro-dillar.

Rogerio levantó las espaldas, y continuó:

—Supersticiones... tonterías; pero no me importa nada; el resultado de todo es que te encuentro arruinado, y de consiguiente imposibilitado de poderme pagar ¿no es esto?

—En este momento... es verdad... no podré... balbuceó Morvan.

—Pues entonces, harás el favor de buscar otro aposento, repuso el tabernero; tengo otro inquilino, que me dá dos escudos mas que tú, y es preciso que mañana desocupes la cabaña.

Bien que Claudio no esperase verse despedido de una manera tan brusca, bien que reprimiera su indignacion, es lo cierto que se mostró casi indiferente á las palabras de Rogerio.

—Cada uno es dueño de su hacienda, respondió Claudio, y puesto que habeis encontrado quien dé mas dinero por el alquiler de esta miserable cabaña, no quiero que perdais la ocasion. Yo tengo un primo en la bahia de Dinant, que no querrá dejarme perecer; espero en su casa una favorable hospitalidad, y mañana mismo pasaré á su casa con mis hijos.

—Pues entonces, dijo el propietario poniéndose de pié, antes que partas es necesario que me pagues lo que me adeudas.

—Creo haberos dicho que en este instante me encuentro sin recursos, respondió Claudio con humildad.

—En hora buena, contestó Rogerio, pero no te has quedado sin hijos; dá-melos para que guarden mi ganado, en descuento de lo que me debes.

A esta inesperada proposicion, Pedro y Regina que habian estado escuchándolo todo con aquella indiferencia propia de su edad, menearon bruscamente la cabeza en señal de negativa.

—Esto es un beneficio para tí, añadió el propietario, pues te desembara-

zas de estos dos chicos que yo acostumbro al trabajo.

Los niños se abrazaron á la cintura de su padre.

—Yo no quiero ir con ese hombre, esclamo Regina mirando espantada la cara de Rogerio.

—Yo no quiero ir tampoco con ese hombre, dijo Pedro asustado.

—¿Qué es esto? ¿que significa esto? repuso el tabernero, cogiendo á Pedro por una oreja... vendrás donde yo te mande, holgazan.

—Perdonad, señor Rogerio, interrumpió Claudio cogiendo á su hijo de la mano y acercándolo hácia él; yo no puedo separarme de estos pobres inocentes.

—¿Cómo! ¡rehusais dármeles! exclamó Rogerio.

—Quiero mejor tenerlos á mi lado, respondió Claudio, ellos están acostumbrados á mi casa, y no se hallarian en la agena.

Rogerio se puso encolerizado.

—¡Ah! no esperaba yo esto... Quiero aliviarte de una carga pesada y lo rehusas... ¿Y por qué motivo? Porque los niños quieren holgazanear... Dime, niño, ¿por qué no quieres venir á trabajar en mi hacienda?

—Porque yo quiero comer, y vos rehusais el pan á vuestra gente.

—¡Insolente! exclamó Rogerio levantando su mano.

—Yo no quiero que me peguen, y vos dais de palos á vuestra gente, prosiguió Pedro con firmeza.

El tabernero quiso castigar la audacia de sus acusadores, que le echaban en caras sus acciones, desgraciadamente justificadas por los habitantes de aquellas cercanías; Claudio detuvo el movimiento del propietario.

—Mira de que manera educas á tus hijos, exclamó Rogerio encolerizado; los enseñas á insultar á sus superiores, y á decir calumnias... Pero yo los encontraré solos algun día, y entonces, ¡desgraciados de ellos!

—Para evitar que se verifiquen vuestras amenazas, los tengo siempre á mi lado, respondió Morvan con emoción; nadie pondrá las manos sobre mis hijos mientras yo pueda impedirlo.

—¿Me amenazas? repuso furioso el tabernero, este es el premio que das á mi condescendencia... ó mas bien dicho á mi tontería... ¡El demonio me lleve si abusas mas de mi paciencia; págame los meses atrasados que me debes, ó esta misma tarde te hecho de la cabaña!

Morvan se estremeció.

—¿Sereis capaz?...

—¿Que si soy capaz? ahora lo veras... ¿Me pagas?

—¡Ay! ¿cómo, señor Rogerio?

—Entonces estoy en mi derecho, contestó el propietario.

Y echando la llave á la puerta de la cabaña, volvió las espaldas á Claudio; tomó la senda por donde habia venido y desapareció.

El pobre Morvan, quedó primeramente inmóvil y estupefacto, despues, dominado por la cólera, echó á correr en seguimiento del tabernero, pero á los lamentos de sus hijos, que comenzaron á llorar, se detuvo de repente; pensó en las consecuencias que podría acarrearle una lucha contra un hombre semejante, vió una causa abierta, la cárcel, á Pedro y Regina sin apoyo... esta siniestra vision amengó considerablemente su irritacion. Cogiendo á sus hijos de la mano, permaneció algunos instantes indeciso delante de su puerta cerrada con llave. ¿Debia en tal situacion llamar á Rogerio para suplirle, ó marchar en seguida en busca de su primo? Despues de un rato de profunda meditacion se decidió por lo último; pero la noche estaba muy cercana, y por pronto que llegase á Dinaut no encontraría abierta la casa de su primo; en fin, cogió una cesta que contenia una muy modesta provision, dijo á sus hijos que le siguieran, y comenzó á subir la colina para llegar á Kelnern, y desde alli tomar el camino que conducia á Dinaut.

La corta edad de los niños le obligaba á caminar lentamente, y sumergido en hondas y amargas reflexiones, sin poner atencion en lo que le rodeaba. El cielo se iba cubriendo de una espesa nube, y en el momento que los humidos viajeros llegaban al sitio que separa á Kelnern de Camavet, estalló la

tormenta con una violencia espantosa.

Claudio entonces sobresaltado asió de las manos á Pedro y á Regina y miró en su derredor por si encontraba un parage donde poderse guarecer de la copiosa lluvia; pero las casas estaban muy distantes; se acordó de la Roca profunda y corrió hácia ella con sus niños.

Daban el nombre de Roca profunda, á una roca de forma cónica, cuyo interior, hueco naturalmente, se comunicaba con la cima, por medio de una especie de chimenea; los pescadores, los pastores y los niños de las cercanías, buscaban allí un refugio en distintas ocasiones.

Claudio y sus hijos encontraron allí los restos encendidos de una hoguera y algunos pedazos de leña: varios guijarros reunidos formaban un hogar, en derredor del cual se veían muchas piedras á guisa de asientos; en el fondo de esta gruta se veía un haz de alga seca, que podía servir para sustentar el fuego de la hoguera.

Morvan reanimó la llama y sentó á sus niños cerca de la lumbre para enjugar sus vestidos, y despues sacó de la cesta un poco de pan y pescado que distribuyó con la mayor ternura. La tormenta lejos de apaciguarse se aumentaba por momentos, oyéndose silbar el viento á través de las hendiduras de la roca, y mugir al mar que arrojaba sus olas con impetu sobre la orilla. Conociendo Claudio que la tempestad duraría toda la noche, se decidió á estender el alga sobre el suelo para improvisar una cama á sus pequeños: con efecto, los acostó y los arropó con parte de su vestido, y él se volvió á sentar delante del fuego.

La respiración igual y dulce de sus hijos le hicieron conocer bien pronto que se habían dormido; de suerte, que tranquilo por este lado, puso los codos sobre sus rodillas, y apoyó la cabeza contra sus manos, llamando al sueño que no venia para él. El recuerdo de su Catalina, la presencia de los huérfanos que dormían á su lado, le despertaban á su pesar; se preguntaba de qué manera podría reemplazar hácia aquellos angelitos la buena madre que acababan

de perder; que haria para libertarlos del frío, del hambre y la desnudez; ¿dónde encontraría trabajo para mantenerlos? Se acordó de las objeciones del señor Rogerio, y se vió precisado á concederle la razon hasta cierto punto. Ocupado primero en Brest como calero, luego en Roscanvel como director de horno de ladrillos, se encontraba á la sazón incapacitado para trabajar, siéndole ademas difícil hallar otro género de ocupacion en un pais donde no habia agricultura ni navegacion. En este instante detuvo fija la mirada sobre los guijarros que constituían el hogar donde estaba la lumbre que acababa de reanimar. Calcinados por la llama, habían concluido por emblanquecer, y por tomar una apariencia en todo semejante á la cal: Morvan los estuvo observando cada vez con mas escrupulosidad, los retiró de la hoguera, los colocó á la entrada de la gruta, á fin de someterlos á la accion del agua, y ultimamente adquirió la certidumbre de que aquello era una verdadera cal.

—¡Oh Providencia del cielo! exclamó juntando sus manos.

La roca donde habia penetrado estaba en su profundidad compuesta de estos guijarros; en aquel momento se encontraba poseedor de una riqueza considerable. En toda la noche pudo dormir, pensando en los medios que emplearia para utilizarse de su gran descubrimiento, para egercer independientemente su antigua industria de calero.

¡Ah! si él poseyera bastante dinero para construir un horno, comprar la retama, la aliaga necesarias... ¡No tenia mas que su buena voluntad y su confianza en Dios!

Dirigió al cielo una ferviente súplica, para que le socorriera y le aconsejara. Su ruego fué escuchado, pues á los primeros albores del dia venidero en que el interior de la Roca profunda se alumbró, comprendió que por su forma parecia un horno natural y que fácilmente podria utilizarle en lo que deseaba. Resolvió hacer un esperimento, y despues de haber conducido á Pedro y á Regina á

Dinant en casa de su primo, que consintió en mantener á los niños por algunos días, tornó Claudio á la Roca Profunda, y sacando de ella cierta cantidad de guijarros, reunió las algas que pudo y ejerció su oficio como tenía de costumbre.

El primer resultado no fué completamente satisfactorio, pero habiendo logrado que un leñador de la comarca le diera fiada una carreta de leña, obtuvo una excelente cal que vendió al momento: este éxito decidió los demás,

y al cabo de algunos años, Claudio Morvan pudo construir un horno á doscientos pasos de la Roca Profunda, y algun tiempo despues se veía detrás del horno una casita muy blanca, precedida de un jardin rodeado de verjas, donde se paseaba un anciano sostenido por un jóven y una aldeana bien vestida que tendria unos diez y ocho años. Eran Claudio, Pedro y Regina, que pagaban á su padre con caricias los sufrimientos de otro tiempo.

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

EL VETERANO Y EL RECLUTA.

Un veterano caminaba lentamente con una mano apoyada sobre el hombro de un jóven militar: sus ojos ya cerrados para siempre, no veían el sol que resplandecía al través de las flores; en vez de brazo derecho llevaba una manga vacía, y en uno de sus muslos suspendida una pierna de palo, cuyo ruido sobre el suelo hacía volver la cabeza á todos los transeúntes.

A la vista de estos despojos de nuestras luchas patrióticas, la mayor parte de los que pasaban miraban al viejo soldado con semblante compasivo, y ó bien dirigian una espresion de lástima, ó echaban una maldición contra la guerra.

—He aquí para lo que sirve la guerra, decía uno mirando al mutilado militar.

—¡Triste empleo de la vida humana! decía un jóven que llevaba debajo del brazo sus libros de filosofía.

—A este soldado le hubiera tenido mas cuenta no haber dejado sus instrumentos de labranza, añadía un labriego.

—Pobre viejo, murmuraba una mujer casi enternecida.

El veterano lo habia escuchado todo, y le pareció que su conductor iba pensativo. Conmovido con lo que habia escuchado, apenas contestaba á las frecuentes preguntas del anciano, y su mirada vagamente estraviada en el espacio, parecia como que queria buscar en él la solución de algun problema.

Los bigotes encanecidos del veterano, se agitaron, y sujetando con el único brazo que le quedaba á su jóven conductor le dijo:

—Todos me compadecen, por que ninguno comprende nada, pero si yo quisiera responderles....

—¿Qué les diriais, padre? preguntó el jóven con escésiva curiosidad.

—Diria primeramente á la muger que se aflige al verme, que diese sus lágrimas á otros desgraciados, pues cada una de mis heridas recuerda un esfuerzo hecho por mi bandera. Se puede dudar de otras afecciones; la mia está visible; mi cuerpo es mi hoja de servicios, escrita con el acero y con el plomo de mis enemigos; quejarme de haber cumplido con mi deber, es suponer, que me hubiese valido mas ser traidor.

—¿Y qué responderiais al labriego, padre?

—Le responderia que para conducir tranquilamente el arado, es preciso

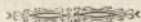
primeramente, mirar á la frontera, y que mientras haya estrangeros dispuestos á destruir nuestras mieses, debe tener su brazo preparado para evitar este mal deplorable.

—Pero un jóven estudiante ha merecido tambien la cabeza maldiciendo el empleo de una vida semejante.

—Ese jóven ignora lo que pueden enseñar el sacrificio y el sufrimiento. Los libros donde él estudia, los hemos practicado nosotros, si, nosotros sin conocerlo: los principios que él aprende los hemos defendido nosotros con la pólvora y las bayonetas.

—Y á costa de vuestros miembros y de vuestra sangre, pues un ciudadano ha dicho al pasar. «He aquí para lo que sirve la gloria»

—No lo creas, hijo mio, la gloria es el pan del corazon, es la que alimenta nuestro entusiasmo, nuestra paciencia y nuestro valor. El dueño de todas las cosas, la ha dado como un lazo que debe unir á todos los hombres. La verdadera gloria no está jamas recompensada debidamente, lo que es menester llorar, hijo mio, son las consecuencias de nuestros vicios ó de nuestra imprudencia. ¡Ah, si yo pudiese hablar en alta voz á aquellos que al pasar me miran con piedad, diria á este jóven cuyos escesos han debilitado su vida antes de tiempo. —¿Qué has hecho de tus ojos?—Los tuve perpétuamente en ocio. —¿Qué has hecho de tus piernas?—Bien castigadas se ven hoy por la gota. —¿Qué has hecho de tus manos?—Nada. —¿Qué habeis hecho, en fin, de los dias que Dios os ha concedido, de las facultades que debierais haber desplegado en provecho de vuestros hermanos? Si no me podeis contestar, no compadezcáis al viejo militar mutilado por defender á su país. Si, porque él puede mostrar sus cicatrices sin avergonzarse.



UN ADVENIMIENTO.

En cierta época murió el soberano de un rico y opulento reino situado en las riberas del Ganges: este rey nombró por heredero de su trono á su hijo, menor de edad todavía, y que fué educado en medio del esplendoroso lujo de Oriente. Cuando el jóven principe cumplió los diez y siete años, edad prefijada por las leyes del país para la declaracion de la mayoría real, ciñó su frente con la corona que heredó de su padre, y los grandes del reino y los gobernadores de las provincias, siguiendo el uso establecido desde tiempo inmemorial, llegaron vestidos con lujo y magnificencia, á depositar á los pies del nuevo soberano, los presentes mas raros y maravillosos.

Uno ofreció al jóven monarca un cofrecito que encerraba las alhajas mas preciosas de Golconda: otro, un magnífico reloj hecho por un artista europeo: otro, vasos de porcelana fabricados en la China: quien tambien le regalaba una piedra de Bezoara, piedra que aseguran es un remedio contra los efectos del envenenamiento y las enfermedades contagiosas: quien le brindaba una esquisita esencia de rosa en un frasco de cristal maravillosamente tallado: y otro en fin, le hacia donacion de un caballo de pura sangre árabe. Despues de todos estos personajes, entró en la régia estancia un respetable anciano, con una larga barba blanca, vestido con una sencilla túnica de algodón, é inclinándose respetuosamente delante del jóven rey, y presentándole una bolsa grande de seda negra le dijo:

—Dígnate aceptar, oh rey, el sincero homenaje de un servidor, y el corto presente que te hago; corto en efecto, pero solo en la apariencia, pues es grande considerado su valor real. Te han ofrecido lo que puede adornar tu persona; lo que yo te doy la embellecerá mejor que cualquier adorno. Te han dado perfumes deliciosos, lo que yo te doy proporcionará á tu nombre un perfume que los siglos no podrán evaporar. Te han presentado lo que

puede encantar tus miradas y tus demás sentidos; lo que yo te doy llenará tu corazón de delicias. Te han proporcionado preservativos contra las enfermedades epidémicas y las sustancias venenosas; lo que yo te doy contribuirá á conservar tu existencia. Te han colmado de riquezas del reino terrestre; lo que yo te doy te asegura los tesoros de la monarquía eterna.

Y el venerable anciano sacó de la bolsa un libro que tenía por título: *Los preceptos morales del sabio Zendar*.

—Si, mi soberano señor, prosiguió, acepta este libro escrito por el mas grande filósofo, por el hombre mas virtuoso de todo el Oriente, y haciéndole tu compañero inseparable, será el socorro de tu vida entera. En medio de los deberes difíciles que la corona te impone, ¡oh rey! será á tu consejero fiel; en medio de los atractivos del placer y de las mundanas pasiones, te hará advertencias saludables para el bien de tu dilatada monarquía, y siguiendo el camino que él te señala, serás bendecido de tu pueblo y disfrutará de una larga paz.

El respetable anciano, volvió á encerrar su libro en la bolsa de seda negra, y arrodillándose, le puso afectuosamente en las manos del joven monarca, que dió gracias por el singular presente, del cual, dice la historia, que hizo un uso digno durante un reinado de sesenta años.

PREPARACION.

Un rico propietario de Zafra, pueblo de Estremadura, envió á su hijo para que estudiase en la universidad de Sevilla: poco tiempo despues uno de sus criados encontró al joven en dicha capital; éste le preguntó qué habia de nuevo en su casa paterna.

—Poca cosa, dijo el criado pasándose la mano por la frente, poca cosa; vd. se acordará del hermoso cuervo que le regaló un amigo... pues bien, ha muerto.

—¡Pobre animal! ¿Y cómo ha sido eso?

—Porque se hartó de la carne de sus caballos de vd. cuando perecieron uno detrás de otro.

—¿Cómo! ¿Mis cuatro caballos han perecido? ¿cómo ha ocurrido este accidente?

Porque sirvieron para conducir el agua de las bombas cuando se incendió la casa de vd.

—¿Qué dices? ¿Mi casa se ha incendiado? ¿Cómo?

—Porque no se tuvo bastante cuidado con el fuego, que sepultó á su padre de vd. entre las ruinas del edificio.

—¡Desgraciado! ¿Estas loco? ¿Ha muerto mi padre?

--Si señor; en cuanto á lo demás no ocurre nada de particular.

